

Entre deudas y logros:

Algunas reflexiones sobre la Cátedra Democracia y Ciudadanía

Jaime Olarte

Estudiante de la Maestría de Investigación Social Interdisciplinaria de Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Politólogo de la Universidad del Rosario.

Artículo recibido: 2013/01/15
Artículo aprobado: 2013/01/31

El sentimiento de contrariedad que he experimentado al intentar comprender América Latina desde arquetipos europeos no me ha condenado a la frustración, paradójicamente me ha permitido apreciar el sin fin de ironías que se pueden encontrar en nuestra sociedad.

Querer acercarse a la sociedad en que vivimos es el principal reto al que le ha hecho frente la Cátedra Democracia y Ciudadanía. Podrían considerarse más apremiantes los espacios desafiantes en que ha tenido lugar, como el auditorio hermanos San Juan, o la programación cambiante de las conferencias. Sin embargo, lo que ha constituido un

verdadero desafío ha sido diseñar un espacio que permita hacer inteligible aquello que es paradójico por naturaleza, las relaciones sociales, sean políticas, psicológicas, económicas o todas a la vez.

Con esto en mente podemos afirmar que como elemento transversal a lo largo de las conferencias se intentan hacer visibles las relaciones dialécticas que caracterizan nuestra sociedad e incluso los discursos que a lo largo de la historia han intentado darle sentido a la civilización occidental; la misma a la que la América Latina desde sus raíces coloniales sigue haciendo parte, mientras que se redescubre y reconstruye a sí misma con una



mirada menos colonial. Quizá sea por esto que al planear la cátedra se le ha dado más importancia a los lentes que nos miran y con los que hemos intentando mirar y mirarnos a lo largo de la historia. Aquí empiezan las múltiples deudas que guarda este espacio con su público. En aras de solventar estas situaciones este artículo buscará explorar algunas posibilidades para seguir desarrollando este espacio en el futuro.

Esta exploración empieza enunciando lo que no busca la cátedra. Su finalidad, no yace en el rigor académico que deben apropiarse los estudiantes a lo largo de sus carreras. Más problemático aún, como comprender que este espacio no busca en ningún momento profundizar en corrientes literarias ni filosóficas ni muchos menos políticas.

En segundo lugar podemos nombrar algunas dificultades. En primer lugar, es desafiante diseñar un ciclo articulado de conferencias que logre ser lo suficientemente amplio para comprender el mayor número de acepciones de democracia, sin que en el proceso el término pierda su significado. Respecto la segunda noción que le da nombre a la cátedra, se pueden encontrar múltiples posibilidades para la comprensión de ciudadanía. Si se diferencian las corrientes que han perfilado la evolución de esta noción, es posible concluir que no es ciudadanía confesional la que este espacio busca ayudar a desarrollar. Se trata de una ciudadanía que mira en la acción política no violenta un horizonte ejemplar.

Es una comprensión del sujeto político que no se centra en sus habilidades para hacer llegar sus demandas al Estado sino en su capacidad de diferir, y contradecir al Estado, de la mano del interés común. Estos objetivos hacen de la diferencia, de la diversidad, de la multiplicidad, bienes jurídicos protegidos, en palabras más sencillas, un elemento

deseable en cualquier sociedad que se precie de tener entre sus instituciones la salvaguarda de la libertad.

La interpretación de ciudadanía propuesta parte de reconocer que entre sujetos diferentes, los proyectos en común no surgen de forma espontánea. Sin embargo, la sociedad en la que vivimos representa por sí misma una necesidad de consensos, más no de homogeneidad. De esta manera un proyecto en común puede existir siempre y cuando los distintos puedan reconocerse como tales, como adversarios si se quiere. De esta manera, entablar el proyecto más grande de todos es aprender a vivir con el contrario, con el distinto, con el satanizado, con el inconveniente, con el indeseable. No guardando silencio sino por el contrario aprendiendo a reconocer y respetar la diferencia.

Cabe precisar que la necesidad de homogeneizar paradójicamente yace en el fondo de cualquier mala lectura de una corriente filosófica y en el fondo de cualquier proyecto político de corte programático, en especial si es personalista. Esta necesidad de igualdad que sigue amenazando las conquistas de las luchas sociales a lo largo de la historia, puede verse alimentada por crisis económicas, que generan grandes masas de población dispuestas a seguir proyectos cesaropapistas o mesiánicos de cualquier índole. Es ese el riesgo que debe enfrentar la formación de estudiantes universitarios, que entendidos de esta forma pueden ser sinónimos de líderes, no en el sentido abusado de la palabra, sino como sujetos políticos que son capaces de reconocerse a sí mismos como tales.

Es por esto que de aventurarnos a proponer una acepción de democracia tendríamos que recurrir a todas aquellas que partan o apunten al reconocimiento de la diferencia como un elemento central de la democracia.





Quizá esto suene muy liberal, quizá esto suene demasiado a Habermas, pero ¿cómo más asumir un concepto como la democracia?, ¿cómo negar el origen y desarrollo de esta noción?. Estas líneas no buscan responder a estas preguntas que simplemente representan una digresión para el interés de este artículo: identificar el derrotero que debe tener todo proyecto de formación en ciudadanía que se precie de serlo. Como hipótesis valdría retomar la máxima que formuló Adorno (1966), al sostener que: “La exigencia de que AUSCHWITZ no se repita es la primera de todas en la educación.” (La Educación después de AUSCHWITZ. Conferencia en la RADIO HESSE, emitida el 18 de abril de 1966).

Como se puede observar, la formación en ciudadanía tiene compromiso con el pasado, y este contenido se aparta de muchos que hacen parte de la academia porque no puede partir de la objetividad. Es por esto que se hace necesario considerar todas las posibles entradas a aquello que el profesor Bravo describía, en una de sus conferencias, como la mentalidad romántica del estudiante. Esta mentalidad romántica que parece acercarse a la racionalidad poética de Arendt, solo puede ser abordada desde el motor que todos tenemos para emprender cualquier proyecto, los sentimientos.

Los sentimientos morales pueden verse plasmados en una variedad de escenarios, desde contextos alejados y pasados, hasta en nuestro presente y realidad política. El holocausto judío es quizá el mejor ejemplo de una situación que puede evocar la repugnancia por parte de quienes se enteran de las atrocidades que tuvieron lugar. Esa misma sensación la sentimos junto con la indignación que acompaña de sucesos nefastos que hacen parte de la cotidianidad de muchos colombianos. Son sentimientos los que motivan el juicio moral y político con el que los ciudadanos pueden formarse un criterio ante fenómenos menos dramáticos que el holocausto, pero igualmente políticos, trátense de las lógicas mercantiles de los servicios públicos o la falta de proyectos de resistencia sensatos, que no disfracen su sed de poder con trajes de altruismo.

Como salta a la vista, la Cátedra Democracia y Ciudadanía es un espacio que busca responder a las contrariedades que se observan en el contexto en que vivimos. De ahí que la literatura pueda resultarle conveniente, no solo por ser consecuentes con su naturaleza, sino por su potencial para acercarnos a nuestra realidad. Esto se pueden entender más claramente si se reconoce que la literatura se alimenta de la infinidad de contrariedades que existen dentro de las construcciones humanas, trátense de religiones, proyectos políticos o incluso la misma academia. Es por esto que en ella se esconde la facultad maravillosa de burlarse de estos proyectos despojándolos de su aura de solemnidad y permitiendo que nos acerquemos de forma mucha más grata.

Desde el trópico embriagador descrito por Gabo, hasta las ambulancias con whiskey de Chaparro han explotado esa veta inagotable



que representan nuestras profundas contradicciones. Así como los metales del subsuelo son al afán devorador de nuestro progreso de cifras grandes, así mismo son estas curiosidades culturales a la literatura.

Quizá la mayor parte de la inspiración para esta propuesta provenga de la profesora Betty Osorio quien ofreció una charla sobre Umberto Eco en la última versión de la Cátedra. La capacidad de Eco para burlarse de las instituciones que las academias se han encargado de instaurar, puede resultar el mejor ejemplo de la propuesta de educación cívica mediante la apreciación intencional de las ironías y contrariedades que son inherentes a las culturas. Más específicamente se trata de una potente herramienta didáctica

en la que se hace posible recurrir al pasado y a contextos distantes para enunciar problemas presentes y cercanos.

Se trata de un proyecto en el que no estamos solos, se trata de una exploración de nuevas formas de socialización política, una búsqueda que sólo puede tener lugar en la academia. Tal como no lo recordaba Gabriel Restrepo las universidades y las escuelas son escenarios que de forma insospechada pueden carecer de horizontes de sentido. Para no correr este riesgo vale la pena de arriesgarse en menor medida apostándole a la formación para el reconocimiento de la diversidad. Puede ser una causa en la que comulguen distintos tipos de creyentes, militantes, géneros, formas de vivir y sentir.

